

La otra cara del dolor

Por Jesús Martínez García

EL MISTERIO DEL HOMBRE

Las personas humanas vivimos inmersas en el misterio, pero en muchas ocasiones no lo apreciamos, porque nos hemos acostumbrado a vivir con él. El hecho de que exista el mundo, y la misma existencia humana, desde su concepción hasta el hecho de la muerte, es algo que nos debería sorprender. Cada otro con quien nos encontramos es otro misterio. El amor también lo es. Y lo es Dios, la Persona de Jesús, la Eucaristía, la Madre de Jesús y tantas otras realidades. Por eso hay misterios en el Rosario.

Al admirarnos del orden del universo entrevemos al Ser inteligente creador; al meditar el Evangelio podemos asombrarnos de la cercanía y del amor que Dios nos tiene. Y en la medida en que descubrimos el misterio de Dios podemos ir atisbando ese misterio que somos cada uno de nosotros y nuestro destino. Dios nos habla en misterios no para asombrarnos o para desconcertarnos, sino para adaptarse a nuestra manera de ser y podamos entenderle.

De muchas maneras nos habla Dios al corazón, y un lugar privilegiado para escucharle es el dolor. Dicho de otra manera, este misterio es un camino por el que todos los hombres de buena voluntad pueden descubrir a Dios, pues el sufrimiento pone en evidencia la indigencia del ser humano y la necesidad de Alguien que le comprenda y le quiera. Cuando un niño cae enfermo lo que desea ante todo es la compañía, el cariño de sus padres.

Lo que hemos de entender, sobre todo cuando estamos inmersos en el dolor, es esto: que Dios es como una madre, puro Amor. No es cierto que Dios envíe el sufrimiento, como si nos quisiera mal. El sufrimiento en los seres humanos está causado por el desorden de las causas segundas, por defectos, por la relación entre las criaturas que chocan entre sí; y, en última instancia, por el pecado. Dios no hizo el dolor ni la muerte. Al contrario, es como una madre que acompaña, que sabe lo que sufre su hijo, y a quien desea lo mejor precisamente a través de esa experiencia.

La pasión y muerte de Jesús en la cruz fue un conjunto de sucesos dolorosísimos: sufrió condena injusta, sus enemigos se ensañaron con él, los amigos le abandonaron, vio el dolor de su Madre, padeció un dolor horrible en todo su cuerpo y en su psicología. Pero Jesús, como siempre, no estaba solo. Aquellas veinticuatro horas de agonía, desprecio y tortura fue una historia de amor con su Padre.

¿Es que su Padre quería mal a su Hijo amado? Nos volvemos a topar con el misterio, que se desvela en el mismo nombre de Jesús: Salvador. Jesús vino a

este mundo con una misión: salvar al género humano. La premisa es que el pecado es una realidad de malicia tan enorme, y se han cometido y cometen tantas montañas de millones de pecados en cada época, que la reparación debía ser enorme. Y el ejemplo debía ser claro: el hombre ha de amar a Dios Padre con todo el alma y con todo el cuerpo, hasta donde haga falta. Todo antes que pecar.

Nos cuesta entender el sufrimiento en la medida en que no sabemos quién es Dios y quiénes somos nosotros, quiénes son los demás y cómo hemos de tratarlos: con amor. Y que la reparación que ha de hacer la humanidad por sus pecados ha de ser también solidaria y enorme. El problema está en nosotros, en nuestra superficialidad. Cuando se sufre con humildad, por el contrario, se puede ir adquiriendo esa sabiduría que advierte lo eterno, porque el sufrimiento es anuncio de lo que está por llegar, aviso de que hay algo que permanece para siempre, y que lo que importa es el amor que se posee en su corazón.

LA SUPERFICIALIDAD

Hay una película que se titula *Magnolias de acero*. La primera escena se desarrolla en una peluquería: varias señoras entradas en años y otra más joven no paran de hablar de cosméticos, de chicos guapos y demás chismes. Al cabo de un rato largo, algo trágico sucede de pronto: a la chica joven le da un espasmo y queda inmóvil en una postura lastimosa. Las señoras se alarman en ese momento. Como el susto se pasa, siguen con sus enredos en las bocas. No ha sido nada y todos continúan con sus historias y frivolidades como si nada hubiera pasado.

La película avanza y la chica, recién casada, muere. En el cementerio, su madre mira hacia arriba y lanza un grito al cielo. «¿Por qué?! Si Dios existe, ¿por qué ha sucedido esto?» Espera una respuesta, pero nadie contesta. Es un momento tenso, porque tiene que haber alguna respuesta. Lentamente se acerca a ella una de las amigas que estaba en la peluquería y le invita a salir del cementerio y a olvidar. La película sigue y acaba con una moraleja. Es una película que retrata muchas vidas reales.

No deja de llamar la atención que, personas para quienes Dios no tiene cabida en sus vidas, se acuerden de él cuando no les salen bien las cosas, y le echen en cara lo mal que ha creado el mundo. Pero no deja de sorprender el hecho de que se acuda a Dios en los momentos críticos de la vida. En los países desarrollados hay muchos que no han pasado necesidad ni se han encontrado con el sufrimiento; especialmente entre la gente joven. Viven disfrutando de la vida, del placer de los sentidos, afanados en que no les pase nada malo físicamente. Saben que hay personas que pasan necesidad, que en los hospitales hay quienes sufren,... Pero se prefiere no pensar. Los necesitados que aparecen en las páginas de los periódicos están muy lejanos, y con no ir al hospital o a una residencia de ancianos...

¡Vive y deja vivir! grita toda una sociedad que sólo quiere disfrutar el momento presente, egoístamente. Y se huye del dolor como se huye de Dios y de todo lo que recuerda que hemos nacido para algo más. Se prefiere vivir deprisa para no tener que pensar. Pero éste es un modo poco realista de vida, porque el sufrimiento es algo muy humano, y tal vez más cercano de lo que pensábamos. Conviene pararse un poco y reflexionar personalmente qué sentido tiene la vida. Ir a un hospital enseña mucho, porque en esa cama, con los tubos de suero puestos, podría estar yo.

Es muy bueno descubrir que en el mundo hay otra cara: la cruz, el mundo del sufrimiento. Es un gran bien conocer el mundo del dolor para abrir los ojos y para tratar de remediarlo. Vivir de espaldas a él es muy cómodo, muy egoísta, pero quien siembra egoísmo a su alrededor, eso mismo recogerá, y eso no es bueno. No es bueno tener que sufrir, pero tampoco es bueno querer desconocerlo y alejarse de quienes sufren, porque entonces, cuando nos encontremos en esa situación –que será antes o después–, saborearemos el egoísmo propio y ajeno.

DIOS ESPERA LA PREGUNTA

En el plano humano, el sufrimiento puede reportar mucho bien a quien lo padece y a su alrededor: hace ser realista, ayuda a darse cuenta de que algo no va bien y necesita ser rectificado, ayuda a comprender a los demás, a tener cariño y solidaridad, etc. Pero sobre todo a que nos hagamos la gran pregunta sobre el sentido de nuestra vida. Dios espera que miremos hacia arriba, hacia Él, y de esta manera descubramos lo que somos esencialmente: seres religiosos, capaces de relacionarnos con Él. Dios espera al hombre, siempre; y le espera también precisamente en el dolor para reiniciar el diálogo. El misterio del dolor pertenece a los caminos inescrutables de la acción divina en las almas: «Dios susurra y habla a la conciencia a través del placer, pero le grita mediante el dolor: el dolor es su megáfono para despertar a un mundo adormecido» (C.S. Lewis, *El problema del dolor*).

Él podría insensibilizar los nervios de los hombres para que no sintiéramos el sufrimiento físico. Pero precisamente tenemos los nervios para reaccionar ante lo que nos causa un mal –por ejemplo el fuego– y no nos aniquilemos. Los hombres podemos vivir de espaldas a nuestro fin, que es Dios, estar como anestesiados ante los grandes interrogantes; pero Dios no abandona a los hombres, no quita el sufrimiento en el mundo para que tengamos la oportunidad de reaccionar y le encontremos. Porque Dios es el bien del hombre, y la vida sin Él no tiene sentido. «Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1501).

La respuesta de Dios ante el sufrimiento humano no ha sido un discurso

teórico, sino un testimonio: por amor, Dios envió a Dios al mundo; y en cuanto Hombre, Jesús sufrió como pocos han podido sufrir: su cuerpo y su alma quedaron como abrasados por el fuego; hecho holocausto. Y la razón de todo aquello la dio él mismo a sus amigos: convenía que el mundo conociera cómo amaba él al Padre (Jn 14,31), y cómo amaba a sus hermanos los hombres, a los que amó hasta el extremo (Jn 15,13).

Mirando a Jesús, especialmente en su Pasión y siguiendo su ejemplo, se entiende cuál es el sentido de la propia existencia: el amor a Dios y a los demás. Si es cierto que la vida corre a prisa, el dolor en cambio retarda el tiempo, y nos puede ayudar a reflexionar sobre su sentido; pero sobre todo, la experiencia del sufrimiento nos puede acercar a ver las cosas de otro modo: a saber que Alguien ya pasó por ahí, y que su respuesta es ante todo una llamada.

UNA INVITACIÓN AL AMOR.

El sufrimiento no es una maldición divina sobre los hombres. Si hay algo maldito en este mundo es el pecado. Hemos dicho que estamos inmersos en el misterio, y el misterio del sufrimiento hace relación a otro misterio: el del pecado. Llegamos por fin al misterio del corazón humano, a lo que cada uno decide en el fondo de su corazón, ¡que es la causa de la felicidad o de la amargura! Dios desea que los hombres seamos felices y por eso nos señala unos criterios de felicidad. Eso son los Mandamientos y todas las sugerencias que nos hace en el corazón para que obremos bien. Y ¿por qué nos empeñamos en querer ser felices a nuestra manera, independientemente de esos caminos de felicidad? El dolor, como al joven rico, nos puede hacer recapacitar y hacer volver al camino del sentido común y del amor, de la obediencia y de la felicidad.

Pero hay quienes no recapacitan, no escuchan a Dios ni en el orden de la creación ni sus palabras reveladas. Huyen de Dios. Sin embargo, Dios, que es Amor, guarda su última palabra, no de venganza o castigo; su última llamada: la palabra de la Cruz. Así lo explicaba el Papa Juan Pablo II: «La conciencia es la medida del hombre. Ella da testimonio de su grandeza, de su profundidad. Para que esta profundidad se abra, para que el hombre no se deje quitar tal grandeza, Dios habla con la palabra de la Cruz. Verbum crucis: ésta es la palabra última definitiva. Dios ha querido emplear y emplea siempre en las relaciones con el hombre esta palabra que toca la conciencia, que tiene capacidad de rasgar los corazones.

»El hombre contemporáneo experimenta la amenaza de una impasibilidad espiritual y hasta de la muerte de la conciencia; y esta muerte es algo más profundo que el pecado: es la eliminación del sentido del pecado. Concurren hoy muchos factores para matar la conciencia en los hombres de nuestro tiempo. Y esto corresponde a la realidad que Cristo ha llamado “pecado contra el Espíritu Santo”. Este pecado comienza cuando al hombre no le dice ya nada

la Palabra de la Cruz, como el grito último del amor, que tiene el poder de rasgar los corazones» (1-IV-1979).

Dios Padre no nos ha abandonado, como no abandonó a su Hijo en la Cruz, aunque así pareciera a primera vista. Para Dios cada uno somos hijos amados, y nos habla dulcemente en el corazón, para que con Él seamos felices. El problema de los misterios dolorosos en la vida está en nosotros, que no sabemos que Él es muy cercano. Por eso nos vuelve a llamar una y otra vez, quizá con la Cruz. No, no es una desgracia encontrarse con la Cruz. Es ocasión para recapacitar y responder con amor a quien tanto nos ama. De otra manera, tal vez no hubiéramos conocido al Amor.